

# ***La liberación de la religión. Los cristianos y las organizaciones populares***

**Arturo Sosa** Sacerdote jesuita venezolano. Profesor-Investigador de la Universidad Central de Venezuela. Investigador del Centro Gumilla y director de la revista SIC de la misma institución. Autor de: "La Filosofía Política del Gomecismo"; "Del Garibaldismo Estudiantil a la Izquierda Criolla" (en colaboración con Eloy Legrand).

**Pedro Trigo** Sacerdote jesuita venezolano. Investigador del Centro Gumilla y redactor de la revista SIC. Estudios de Filosofía y Letras en la Universidad Católica "Andrés Bello" de Caracas. Autor de "Narrativa de un Continente en Transformación".

---

Entre los cristianos latinoamericanos ha surgido una corriente histórica lo suficientemente grande en sus dimensiones y ambiciosa en sus objetivos como para hacer pertinente la pregunta por su carácter de movimiento social. Parte de una nueva comprensión de las implicaciones sociales de una fe cristiana liberadora. Sólo el pueblo organizado puede ser sujeto de la construcción de una nueva sociedad. De allí el compromiso radical en la construcción de un movimiento popular complejo y variado, cuyas posibilidades de éxito histórico se juegan en los próximos años.

Si a alguno de los millones de cristianos latinoamericanos que participan en las multiformes organizaciones del pueblo, surgidas en las últimas décadas a lo largo y ancho del continente, le preguntásemos si forma parte de los "nuevos movimientos sociales", obtendríamos como respuesta, seguramente, una interrogativa cara de sorpresa y una lluvia de preguntas acerca de eso de los movimientos sociales. Sin embargo, no cabe la menor duda de que entre los cristianos latinoamericanos ha surgido una corriente histórica lo suficientemente grande en sus dimensiones y ambiciosa en sus objetivos y proyectos, como para que la pregunta sobre si se trata de un movimiento social sea pertinente.

Las reflexiones que aquí ofrecemos no pretenden resolver la cuestión planteada sino resumir las principales reflexiones que a este respecto han surgido en el propio seno de los cristianos comprometidos en esta corriente histórica. Por eso, carecen de toda pretensión de originalidad y son deudoras de anteriores escritos e intercambios.

---

\* Los autores son integrantes del equipo del Centro de Gumilla, Caracas, Venezuela.

### ***Génesis de esta presencia***

Si las bases cristianas sólo con dificultad (aunque, hay que decirlo también, con bastante naturalidad y gusto) se van abriendo a la percepción de su progresivo encuadramiento en movimientos populares, mayor dificultad e incluso estupor experimentan aún las élites ilustradas, políticas e intelectuales para comprender el fenómeno. Los liberales y la izquierda (partiendo de la misma matriz iluminista) habían considerado al catolicismo popular como uno de los mecanismos más crasos de adormecimiento de la conciencia de las masas y del pasivo encuadramiento en el orden establecido sacralizado. Por eso, la eclosión inocultable de cristianos del pueblo en movimientos populares se les aparece como un fenómeno repentino e inexplicable, digno del MACONDO de García Márquez o como un avatar afortunado del fanatismo religioso de las masas, algo así como lo del Irán (aunque a nadie se le escape que aquí no se da la polaridad Ayatola-masas integristas, sino asociaciones libres de cristianos conscientes y fraternales). Por eso es bueno comenzar señalando que este fenómeno creciente no es de ningún modo súbito e inesperado.

Por lo menos, desde los años cincuenta venían trabajando agentes pastorales entre el pueblo con un esquema diverso del tradicional basado en la combinación de elementos sacrales y asistenciales. Partiendo de la idea cristiana de la creación que señala al hombre, como tarea religiosa, dominar la tierra y transformarla en habitable; estos líderes cristianos proclamaban el desarrollo integral y se metieron entre el pueblo a propulsarlo. Partiendo, también, de la idea paulina del hombre nuevo, proclamaron como radical tarea cristiana la superación humana hasta alcanzar cada quien la estatura de Jesús de Nazaret, el hombre perfecto. Esto se predicó en púlpitos, en plazas y en escuelas; esto se practicó en cooperativas de servicios y producción, en dispensarios, en asociaciones campesinas y obreras.

Fruto de esta tarea fue una gran movilización en los años sesenta, que pronto llegó al techo de las posibilidades del sistema, y empezando por Brasil fue reprimida a sangre y fuego o desarticulada. Estos crecientes conflictos desalentaron a algunos cristianos, a otros (sobre todo líderes) les llevaron a redimensionar sus expectativas de acuerdo a las posibilidades del sistema; pero condujeron a bastantes a un conocimiento más hondo de los mecanismos sociales, a una profundización de la fe cristiana y a una decisión más lúcida, realista y comprometida en favor de su pueblo, considerado ya no sólo como pobre, sino como empobrecido: como clases oprimidas, razas discriminadas y despreciadas y culturas marginadas. De este proceso largo y doloroso proviene, en gran parte, el movimiento actual. Pero esto no explica todo.

Habría al menos otra veta (y quizás más rica en potencialidades) que al final confluirá. Es una línea más difícil de comprender por las élites latinoamericanas, tan renuentes respecto a las posibilidades de las expresiones específicamente religiosas. Se trata de la renovación pastoral que impulsó al Concilio Vaticano II, sobre todo la renovación litúrgica, bíblica y catequística. Gracias a esta

renovación, poco a poco, se fue rellenando la brecha que separaba a los clérigos y al pueblo, ya que se descubrió (sobre todo se puso en práctica) que la división entre iglesia docente y discente no era una división de personas sino sobre todo de dimensiones: todos en la Iglesia tienen el Espíritu Santo y por lo tanto su don único para provecho de todos; todos, pues, tienen que aprender y todos tienen algo que enseñar. Cuando en las celebraciones religiosas el pueblo pudo decir algo más que amén, se destapó una enorme creatividad en la que de algún modo cada vez más inequívoco relucía la vida y los problemas y el genuino sentir cristiano ante ellos.

Pero, fue sobre todo la lectura de la Biblia en grupos horizontales la que produjo una transformación mayor. La palabra de Dios desató la palabra propia, palabra cada día más lúcida, más atrevida, palabra que demandaba la acción y para ello la organización eficaz. En muchas ocasiones era la primera vez que hombres y mujeres del pueblo se escuchaban a sí mismos en una estructura libre y occidental; se sintieron dándose a luz. Salieron deseos, limitaciones, miedos, el sentido de realidad y el ansia de transformación. En estos círculos bíblicos la gente se sentía enviada a Dios y re-enviada por él a sus hermanos con una misión liberadora. Aquí también tuvo lugar el encuentro con otras organizaciones, el aprendizaje doloroso, los frenazos de algunos líderes religiosos, la retirada de gente ante los conflictos crecientes. Pero también, el paso hacia lo que hoy ya se vislumbra como fuerza histórica.

### ***La organización popular es la base del proyecto de liberación de América Latina***

Para esta corriente de cristianos latinoamericanos el problema que se nos plantea es el mismo que enfrentó Jesús de Nazaret: cómo unir el contacto cotidiano con muchas personas, el implicarse verdaderamente en sus problemas, convivir con ellas de un modo abierto y tenerlas siempre en cuenta, con la necesidad de mantener proposiciones concretas sobre el conjunto de la sociedad, una ideología o una comprensión particular de la misma, una conciencia alerta, una organización eficaz dirigida al cambio social e, incluso, una vanguardia.

Somos conscientes de que asumimos un reto histórico, es decir, colaborar eficaz y eficientemente a que el pueblo latinoamericano se constituya como sujeto histórico de su liberación económica, social, política, ideológica, simbólica y religiosa.

Para lograr este objetivo son necesarias las organizaciones autónomas y especializadas del pueblo: políticas, laborales, económicas, culturales, deportivas, religiosas... Organizaciones que deben desembocar en la creación de un movimiento popular.

Dentro de esta dinámica se constituye también la Iglesia desde su misión liberadora. Es decir, abogamos por una Iglesia articulada desde la base. Todo lo

contrario de una Iglesia elitista o "foquista". Tampoco una Iglesia integrista con pretensiones de liderizar ese movimiento. Más bien una Iglesia que vive dentro del proceso popular de liberación y desde allí es signo visible y constantemente "celebrado" de la fe en un Dios cuya máxima expresión de existencia es la vida del pueblo.

Por eso, afirmamos que la base del proyecto de liberación de América Latina está en la realización de la organización popular autónoma. Las posibilidades de triunfo de un proyecto así dependen del grado de participación popular que se alcance mediante organizaciones del propio pueblo, frente a las tentaciones del status que invitan al consumismo y la domesticación y, frente a la masificación de los populismos y la burocratización de los llamados "socialismos reales".

El carácter cristiano de esta proposición no es de por sí patente. No puede deducirse simplemente de las fuentes evangélicas. Es evidente que el Dios de Jesucristo está en contra de la opresión en todo sentido: de unos hombres sobre otros, de unos países sobre otros y de unas clases sociales sobre otras. Es claro, también, que Jesús se dolió de la desorientación y dispersión de su pueblo; como también es claro que caracterizó su propia misión reuniendo en la unidad a los hijos de Dios dispersos. Sin embargo, que esa liberación y congregación del pueblo implicara organizaciones autónomas de base, tal como las entendemos hoy, no era pensable entonces ni muchos siglos después.

La organización popular con vistas a constituir un sistema sociopolítico alternativo es un fenómeno contemporáneo ligado al desarrollo capitalista. Por eso, cabe preguntarse: basándose en qué la organización popular ha pasado a constituir en América Latina la proposición fundamental de un proyecto **pastoral**, de un proyecto de Iglesia. Tiene que ver, evidentemente, con la catalogación de la situación en que viven los pueblos latinoamericanos no sólo como de opresión, sino como situación de pecado, incluyendo aquí la permanente desarticulación de cualquier intento de solidaridad popular que realizan los poderes establecidos como requisito indispensable para perpetuar las actuales relaciones sociales.

La Biblia nos enseña que situación de pecado es equivalente a la "ausencia de Dios". Es decir, Dios no está allí donde no existe la justicia, la fraternidad, el amor como criterio ordenador de las relaciones entre los hombres. Sabemos que conocemos a Dios porque somos capaces de hacer hermanos a los hombres. En otras palabras porque construimos unas relaciones sociales que propicien la fraternidad y se basen en la justicia, y no aceptamos un sistema socioeconómico que necesariamente "cosifica" a los hombres y los obliga a relacionarse como mercancías intercambiables.

Hacernos conscientes de la situación de opresión que existe hoy en América Latina exige concretar históricamente nuestra condición de "testigos de la resurrección", es decir, de creadores de vida. Que el pueblo viva es la primera prioridad que surge de nuestra fe en el Dios que hemos conocido a través de

Jesucristo y su evangelio. La vida del pueblo sólo es posible en las condiciones en que hoy vivimos si es él quien realiza su propia liberación. La opción por la liberación integral del pueblo latinoamericano encuentra su última razón en la fe en el Dios de la vida.

Los cristianos sólo podemos entender y hacer esto desde la dinámica de la encarnación. El Dios que confesamos no es un Dios a quien le pedimos que haga las cosas "desde arriba", sino que lo reconocemos en el hombre-Jesús, en su decisión definitiva de hacerse uno más de nosotros, de "enriquecernos con su pobreza". Por eso, concretar históricamente la fe cristiana exige encarnarse en el pueblo, o sea, hacerse consciente de que sólo desde allí puede surgir una relación humana que transparente a ese Dios que "tanto amó al mundo, que entregó a su propio hijo para que el mundo viva". Pero, no se trata únicamente de la encarnación de los agentes pastorales en el pueblo; esa encarnación tiene otra dimensión: es del propio pueblo que puede salir esa fuerza de liberación que le ponga cabezas, pies y manos al proyecto popular.

Sólo quitando este pecado transformando radicalmente la situación puede recuperarse a Dios. Una sostenida evidencia latinoamericana ha llevado a muchos cristianos a la conclusión de que sólo el pueblo organizado logrará realizar ese cambio. Determinadas teorías del cambio social sostienen científicamente la misma hipótesis, por eso, frente a las eternas promesas incumplidas, proponemos esta alternativa: organización popular. Esta es una proposición histórica, abierta por lo tanto a la incertidumbre del futuro.

### ***Organizaciones populares en antagonismo con el status***

Aunque la situación en el continente es muy variada, comprobamos como constante las enormes dificultades para desarrollar organizaciones de base. La articulación de la base es percibida por quienes detentan el poder como algo peligroso. Socava frontal y eficazmente los pilares de la actual organización de la sociedad. Las instituciones y fuerzas del orden se proclaman representantes del pueblo y promotoras de sus intereses. Los empresarios, los partidos políticos, las universidades y hasta las fuerzas armadas lo afirman frecuentemente. Sin embargo, ninguno de ellos admite al pueblo como gestor de su propia historia. Lo ven siempre como destinatario. Ellos se autoproclaman "fuerzas vivas" de la sociedad y, afirmando representar al pueblo, lo sustituyen fatalmente. Es decir, lo condenan a ser un pasivo receptor de servicios o simple ejecutor de programas que vienen de arriba. Las instituciones se convierten así en mediaciones necesarias e imprescindibles. A través de ellas se canalizan los recursos y la información y se mantiene al pueblo en condiciones de cliente indefenso. Periódicamente halagan al pueblo para conseguir que se mantenga fiel a ellos, pero ordinariamente exigen la sumisión, el vasallaje y el agradecimiento. Se hacen llamar bienhechores.

Este esquema está reforzado, además, por la estrategia del imperialismo, el cual busca cada día con más vehemencia lograr una producción y un mercado de productos a escala mundial. Por eso las empresas multinacionales diseñan con muchos años de anticipación las "necesidades y aspiraciones" de la población programando su producción en los lugares en los que los costos son menores y los riesgos más bajos. Para eso es necesario que los pueblos sean masas absolutamente permeables y establemente encuadradas. Este esquema pretende garantizar el consumo mínimo y el "orden" social mediante mejoras económicas en los distintos niveles de vida.

No es necesario insistir en que los pueblos que deciden autónomamente sus necesidades y aspiraciones y los modos de satisfacerlas vuelven inútiles las instituciones mediadoras tal como hoy existen, haciendo fracasar los planes del imperialismo internacional del dinero. Evidentemente la solución ideal sería que estas instituciones se convirtieran al pueblo y se dejaran medir por él y que las empresas pusieran al servicio de las mayorías sus conocimientos almacenados y sus ingentes aparatos productivos. Pero esto no sucederá. Las instancias intermedias quieren controlar al pueblo y servirse de él perpetuando así su posición privilegiada. El capitalismo internacional sólo busca ganancias seguras y crecientes. Por eso, el antagonismo entre las organizaciones de base y el actual ordenamiento social es hoy por hoy insuperable.

### ***Partidos, sindicatos y participación popular***

En el mundo moderno dos son los canales tradicionales de organización de la base: los sindicatos clasistas incluyendo las ligas agrarias y los partidos socialistas. En ellos se expresaría del modo más directo el antagonismo con un sistema basado en la ganancia del capital y la mediatización política. Los Estados tratan de domesticarlos, dividirlos, debilitarlos. En la mayor parte de nuestros países lo han logrado. Casi no existen sindicatos o partidos de esas características como fuerzas nacionales. Pero en algunos casos, aun reprimidos, conservan tal fuerza que imposibilitan cualquier ficción democrática y por eso los dominadores no tienen más remedio que imponerse descaradamente sobre los pueblos por los regímenes de la Seguridad Nacional.

La situación se plantea de un modo distinto en cada país. En algunos los partidos socialistas y los sindicatos clasistas tienen larga tradición, poseen cobertura nacional y están consolidados. En otros países, además de las desviaciones internas, a veces profundas pero corregibles, el problema sería la derrota en confrontaciones recientes con su secuela de represión que, sin embargo, no ha logrado desarticularlos del todo. La coyuntura actual exigiría un trabajo de autocrítica para que la consolidación que vendrá se levante sobre bases más realistas y firmes. En otros países la estructuración de maquinarias sindicales y partidistas, tal vez, haya sido prematura. De ahí que su estructuración sea débil y los problemas del dirigismo y burocratismo hayan sido difícilmente superables.

Una salida que se apunta en algunas partes es la constitución de un movimiento popular amplio que admita a tipos muy diversos de organizaciones y contribuya a desarrollar todas sus potencialidades.

La participación de los cristianos en este tipo de organizaciones ha tenido sus dificultades particulares. Tenemos que subrayar las dificultades provenientes del complejo problema del carácter clasista de esas organizaciones, cuyo origen tiene que ver más o menos directamente con un marxismo muy ortodoxo. Durante mucho tiempo esta característica dividió infranqueablemente a cristianos y socialistas. Y creó de parte y parte deformaciones y recelos bastante profundos. Podemos constatar que se ha caminado mucho en la superación de todo esto, pero todavía militantes de origen cristiano resienten el dogmatismo y la desconfianza de algunos compañeros, en tanto que militantes de origen marxista acusan a los cristianos de espontaneísmo anárquico y moralismo paralizante. Otra dificultad frecuente para los militantes de origen cristiano es tener que incorporarse a organizaciones ya hechas y no siempre a su gusto o conformes con la práctica habitual de muchos de ellos.

### ***Un movimiento popular complejo***

Asumiendo que la organización popular no podrá realizarse al margen o en contra de los partidos socialistas y de los sindicatos clasistas, es necesario afirmar que hoy por hoy estos no son los canales preferentes en los cuales se vuelcan organizadamente los cristianos en América Latina. Existen otras formas más características de organización popular. La razón de fondo de estas formas organizativas, no alternativas sino convergentes, estaría tanto en la coyuntura en la cual se debaten hoy sindicatos y partidos cuanto en la necesidad sentida de ir de un modo más inmediato a las bases.

Por una parte, estaría la decidida inclinación de los cristianos por todo lo que suponga grupos intermedios en los cuales la espontaneidad y responsabilidad se juntan en la búsqueda de objetivos muy concretos. Por otra parte, se trata del hecho básico de la enorme marginalidad urbana y rural latinoamericana, una de cuyas consecuencias es la ausencia de hábitos y capacidades participativas por lo que son fácilmente manipuladas y convertidas dentro de cualquier organización en "masas manejables". Por eso es necesario un primer momento en el que se adquiera la capacidad de expresarse y el dominio mínimo para ser agente activo de una organización popular.

Se trataría de formas organizativas capaces de aglutinar a las masas populares en su situación actual, permitiendo su paso a la clase popular con sus problemas y mecanismos.

Al lograrlo convergen grupos que interaccionan a diversos niveles: el nivel básico consistiría en despertar en el pueblo la fe en la propia capacidad y

responsabilidad, en la misión de tomar en sus manos sus propios destinos. Este núcleo más profundo a nivel popular tiene sin duda en América Latina raíces cristianas. La confrontación con el evangelio, la celebración de la esperanza, la comunión religiosa, son caminos transitados con eficacia en muchas partes del continente. El segundo nivel sería el educativo, el cual dota de elementos mínimos para poder manejarse en el entramado social. Un método probablemente válido para este primer aprendizaje es el que parte de la solución de problemas concretos y se aplica a desenmascarar el carácter opresor de los intercambios, de las instituciones y de las ideas fundamentales que consagran y regulan la vida social. Ya no se concibe la concientización sin que esté unida a la participación en formas organizativas autónomas.

En la actual coyuntura las características de las organizaciones populares en las que se vierte principalmente la acción de los cristianos pueden resumirse así: son organizaciones **localizadas**, es decir, enraizadas en aquellos espacios sociales en los que se desenvuelve la cotidianidad de la vida del pueblo. Grupos que realizan actividades parciales, que sin rechazar coordinadas y propuestas globalizadoras sienten el llamado a mejorar determinados aspectos de la vida y su entorno. Son, consiguientemente, organizaciones **variadas** que surgen de acuerdo a las necesidades vitales y posibilidades reales de cada grupo. No existe, por tanto, un esquema único de funcionamiento. Muchas veces son organizaciones **provisionales**, surgidas en función de unos objetivos y unas posibilidades que al ser logrados dejan paso a formas nuevas de organización. Son organizaciones que tienden a acumular experiencia en todos los niveles de la vida social consumo, producción, servicios, actividad gremial, cultural, deportiva... y a generar conciencia de la situación en que se vive y de las posibilidades de transformación de las actuales relaciones.

Son organizaciones conscientes de que deben adelantar las relaciones que se quieren implantar en la sociedad. Por eso se tiene una especial sensibilidad en cuanto a los mecanismos de toma de decisión. Son grupos democráticamente autogestionados y celosos de cualquier intento de manipulación "desde arriba".

La experiencia adquirida en estos años va haciendo madurar dentro de las organizaciones populares la formulación de un proyecto político popular que aglutine esfuerzos y le de mayor eficacia a las luchas por la transformación de la sociedad actual. La acentuada tendencia a grados más complejos de organización y articulación de acciones ponen nuevos retos a los grupos populares latinoamericanos.

Es necesario afirmar que en el duro trabajo organizativo en los barrios más marginados o en los caseríos más explotados, las organizaciones cristianas se han rebelado muy eficaces y en algunos casos insustituibles. Nadie trabaja con mayor tesón y desinterés logrando aunar voluntades. Pero también es necesario confesar que el éxito de estas organizaciones suele llevar en su entraña su propia crisis. En la medida en que la desaparición de organizaciones se experimente como parte

de la necesaria provisionalidad exigida por el proceso mismo y el no perder de vista los objetivos finales permita superar esos momentos críticos, se afianzará el movimiento en su conjunto.

### ***Comunidades cristianas de base***

Además de la participación activa en toda la variedad de las organizaciones populares nacidas en el seno del pueblo, los cristianos han hecho nacer espacios comunitarios populares de expresión de la propia fe que los impulsa a la lucha. Esas organizaciones populares cristianas son conocidas en todo el continente como Comunidades Eclesiales de Base o Comunidades Cristianas de Base. Se caracterizan por ser grupos heterogéneos, formados por toda la variedad de gentes que integran los núcleos populares. En esas comunidades no pueden permanecer personas que persistan en actitudes egoístas, caudillescas, divisorias del barrio o caserío ni representantes de los opresores locales o nacionales. Se reúnen semanalmente y planifican acciones dentro de su localidad, reflexionan sobre la situación en que viven, contrastan su vida con la palabra del evangelio y celebran junto la eucaristía. Su objetivo es vivir como hermanos, como "hijos de Dios", pero no limitándose a una vivencia grupal, sino comprometiéndose en el proceso de liberación del conjunto del pueblo. Cada comunidad tendrá sus urgencias, sus objetivos concretos, pero en el fondo siempre se busca la transformación integral de la sociedad, la construcción de nuevas relaciones de poder.

Las potencialidades de esta dimensión del movimiento popular en América Latina están todavía inéditas. Los esfuerzos de todos los grupos comprometidos con el actual poder dominante por hacer fracasar estas luchas del pueblo son cada día mayores. En los próximos años la lucha va a ser dura y decisiva para las posibilidades de éxito de un movimiento social que pueda constituirse en portador de las mejores esperanzas del pueblo latinoamericano.

### ***Modernidad y liberación***

Quedaría por tratar, así sea sucintamente, un problema aún no resuelto en el seno de las organizaciones populares y en la relación entre éstas y los líderes marcados por la Ilustración, un problema en el que los elementos cristianos pueden aportar algo y ya lo están haciendo. Es el problema de la modernidad. Por lo que toca al pueblo, queremos definirlo así: en tanto que sujetos o grupos populares son ganados por la modernidad a partir de asimilaciones técnicas y acciones (y mentalidad) políticas se convierten en una contradicción meramente interna del sistema y pierden la posibilidad de constituirse en alternativa de él. En tanto que resisten a la modernidad, conservan sin duda una serie de dimensiones y potencialidades, pero inevitablemente son una y otra vez derrotados. Por lo que toca a los líderes ilustrados, el problema consistiría en la incapacidad de superar

el esquema iluminista que considera al pueblo como la materia de la cual ellos serían la forma. Ningún partido de izquierda ha superado hasta hoy, en América Latina, el esquema leninista según el cual la conciencia ha de advenirle al pueblo de fuera y ha de conservarse siempre como un elemento heterogéneo de él, aunque se proclame vanguardia.

Desde este esquema se le propone al pueblo la alienación como salvación, ya que únicamente dejando de ser él mismo y convirtiéndose en otro puede llegar a liberarse. El dualismo de sindicalistas y políticos de izquierda populares y la relativa alienación de éstos cuando se convierten en "de extracción popular" expresa este grave problema cultural, que aún está lejos de plantearse siquiera gran parte de nuestras élites progresistas. En este problema cultural residiría también, en buena medida, el fracaso de tantas campañas bien intencionadas y llenas de sacrificios, pero que finalmente no logran penetrar la matriz popular. No pocas veces, en vez de hacer una autocrítica, incluso se acaba inculcando al propio pueblo.

Para nadie es un secreto que uno de los elementos estructuradores de la cultura del pueblo es la religión, más precisamente el catolicismo diversamente reelaborado. En la fase de los sesenta no pocos agentes pastorales, secularizados ellos mismos, se esforzaron por movilizar a las masas cristianas prescindiendo de creencias, símbolos y prácticas religiosas, a partir únicamente de la vertiente ética del cristianismo. La parvedad de los resultados y (en los que tuvieron capacidad para dejarse interpelar) la misma exigencia de elementos populares concientizados pero no alienados, los llevó a la reconsideración de estos aspectos culturales. Este proceso se profundizó en la década de los setenta y hoy creemos haber reanudado ya un diálogo histórico, que fuera hace tiempo interrumpido, en el que pensamos que podrá darse (si no es truncado por otras fuerzas) una conciliación superadora entre la modernidad y la cultura de nuestros pueblos. Ambas tienen que ser profundamente reelaboradas para que lleguen a constituir una alternativa liberadora.

Naturalmente que no pretendemos reducir las culturas de nuestros pueblos a su matriz religiosa, pero sí pensamos que así como la resignación a la opresión y la resistencia a ella han tenido una dimensión religiosa, también la lucha de liberación, si ha de serlo realmente, no podrá prescindir de ella. Pero, ¿permitirá la institución eclesiástica la liberación, genuinamente cristiana, de la religión del pueblo? Aquí no hemos hecho más que plantear el tema.